



*Entierro de Agustín en Hipona. Schelte Bolswert, en "Iconographia M. P.A. Augustini",
Amberes y París, 1624.*

Día 6 de noviembre

CONMEMORACIÓN DE LOS MIEMBROS DIFUNTOS DE LA ORDEN

Antífona y monición de entrada

EL apóstol san Pablo nos recuerda, a propósito de los difuntos: Del mismo modo que Jesús ha muerto y resucitado, a los que han muerto en Jesús, Dios los llevará con él. Si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida (1Ts 4, 14; 1Co 15,22).

La Familia Agustiniana recuerda hoy a todos sus miembros difuntos. Y lo hace desde la viva esperanza porque contempla en ellos el cumplimiento de las palabras de Jesús: “*Donde esté yo, estaréis también vosotros*” (Jn 14, 3). “La fe de los cristianos –comenta san Agustín– se reduce a creer en la resurrección de Cristo” (*Comentarios a los Salmos* 120, 9).

Recordamos el viaje definitivo de nuestros hermanos a la casa del Padre, pero, desde la luz pascual del Cristo glorioso, su recuerdo despierta en nosotros la oración confiada para que el Señor les conceda la paz y el gozo plenos.

Acto penitencial

Reconozcamos humildemente nuestros pecados, para celebrar dignamente estos sagrados misterios.

- Tú que eres la fuente de la esperanza y de la vida, Señor, ten piedad.
R/. Señor, ten piedad.
- Tú que has muerto y resucitado por nuestra salvación, Cristo, ten piedad.
R/. Cristo, ten piedad.
- Tú que no quieres la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, Señor, ten piedad.
R/. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso...

Oración colecta

Oh Dios, que resucitaste de entre los muertos a tu Hijo Jesucristo, concede a los miembros difuntos de nuestra Orden, a quienes llamaste a imitar en la tierra la vida de Cristo, ser configurados a su imagen, primogénito entre muchos hermanos. Por nuestro Señor Jesucristo⁶.

Oración de los fieles

En la fe y la esperanza de la vida eterna, encomendemos a la misericordia del Padre a todos los difuntos de la Familia Agustiniiana que duermen en el Señor.

- Por la santa Iglesia de Dios; para que iluminada por la fe, anuncie la esperanza futura a todos los pueblos: roguemos al Señor.
- Por todos los que han muerto en la esperanza en Cristo: roguemos al Señor.
- Por los que entregaron su vida generosamente por amor a los demás: roguemos al Señor.
- Por todos los que han muerto violentamente a causa de la guerra, el terrorismo, el odio o la venganza: roguemos al Señor.
- Por los miembros de la Familia Agustiniiana, los que formaron parte de nuestras familias, nuestros amigos y bienhechores difuntos: roguemos al Señor.
- Por todos nosotros; para que, unidos a Cristo en la fe, seamos un día congregados en su reino glorioso: roguemos al Señor.

Señor, que nuestra oración sirva de provecho a tus hijos e hijas, y los haga partícipes de la Redención de Jesucristo nuestro Señor.

Oración después de la comunión

Recibido el sacramento de tu Unigénito, que, inmolado por nosotros, resucitó glorioso, te pedimos humildemente, Señor, que a todos los difuntos de nuestra Orden los lleves a tu mansión de luz y de paz. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendición solemne

El Dios de todo consuelo, que con amor inefable creó al hombre y en la resurrección de su Hijo ha dado a los creyentes la esperanza de resucitar, derrame sobre vosotros su bendición.

R/. Amén.

⁶ Se pueden elegir las lecturas del Misal agustiniano de 1976.

**Él conceda el perdón de toda culpa
a los que aún vivimos en el mundo,
y otorgue a los que han muerto
el lugar de la luz y de la paz.**

R/. Amén.

**Y a todos nos conceda
vivir eternamente felices con Cristo,
al que proclamamos resucitado
de entre los muertos.**

R/. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros
y permanezca siempre.**

R/. Amén.

APUNTE HISTÓRICO

La Iglesia recuerda el dos de noviembre a todos los difuntos y la Familia Agustiniana hace hoy memoria de sus antepasados. Las personas son el patrimonio más rico de las instituciones, y la historia de la Familia Agustiniana es la suma de un pasado y un presente. Las páginas del ayer están escritas y rubricadas por hombres y mujeres que han servido a Dios y a la humanidad desde su pertenencia a la familia que ve en san Agustín a su padre y al inspirador de su espiritualidad. El corazón se abre –como si se tratara de una agenda– para hacer hoy memoria de sus nombres. Es ejercicio de fraternidad y de gratitud, a la vez. De fraternidad porque recordarlos es amarlos; de gratitud porque de muchos de ellos –al margen de sus inevitables limitaciones humanas– ha llegado hasta nosotros el eco de una vida unida al trabajo bien hecho, la fidelidad perseverante, la santidad cotidiana.

En la Eucaristía celebramos la muerte y la resurrección del Señor Jesucristo. Es, al mismo tiempo, punto de encuentro entre la Iglesia que ya participa del abrazo de Dios Padre y la Iglesia peregrina. Lo esencial de nuestra fe es que la vida de los que creemos en Jesucristo, no termina, se transforma. “La fe de los cristianos –comenta san Agustín– se reduce a creer en la resurrección de Cristo” (*Comentarios a los Salmos* 120, 9). Porque Jesucristo ha vencido a la muerte, no somos ceniza de sepulcro sino semilla de eternidad. El mismo san Agustín advierte: “Camina con Cristo, y canta con alegría... pues el que te mandó que le siguieses, va delante de ti... Él resucitó primero, para que tuviéramos un motivo para esperar” (*Comentarios a los Salmos* 125, 4).

Ante la muerte de los hermanos y hermanas de nuestra Familia que nos han precedido, el amor fraterno se hace oración y se fortalece nuestra certeza en la resurrección conquistada por Jesucristo.